Fanzine

BALADÍ

Vol. 22

Mayo-junio 2024

Baladí es un fanzine periódico
publicado por la Universidad para Mayores.

Este volumen, **número 22 de la cuarta época**, salió a la luz el día
28 de junio de 2024.

Consejo editorial:
Raquel Fernández Sánchez
Rafa Yáñez Jato

© de los textos e imágenes, sus respectivos autores.

Contacto:
baladi.um@ucm.es

UNIVERSIDAD PARA MAYORES
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

En este número:

Pág. 5. Apunta al Pecho

Pág. 8. *Verso a ciegas*

Pág. 10. Relatos

Pág. 41. Las aventura de Adelina
Un cómic de Luisa Domènech

Pág. 41. ¿Por qué la gente grita
cuando se enfada?
Un cuento narrado por Lola Azcona

Pág. 43. El Casette.
Mariano Dálbnez

Pág. 44. Personajes inolvidables.
Roberto Amilburu

Pág. 52. La kermés de Cándido
Cándido Dean

Antonio García Garnateo

Dibujos al aire libre, realizados con tinta y acuarela en el Taller de Dibujo de la Universidad para Mayores.

Apunta al pecho

Ana María Murcia

Cuando pase mi tiempo
Ven a buscarme
Volveré de nuevo a rodear tu cuello con mis manitas
Nuestras risas serán una, y a caballito te preguntaré:
¿Qué me has traído hoy?
Pero hoy sé que debo dejarte marchar
A ese lugar donde recogerás las coquinas de tu niñez
Pero por favor
Cuando pase mí tiempo
Ven a buscarme

Sergia Sánchez Heras

PARÍS-MADRID

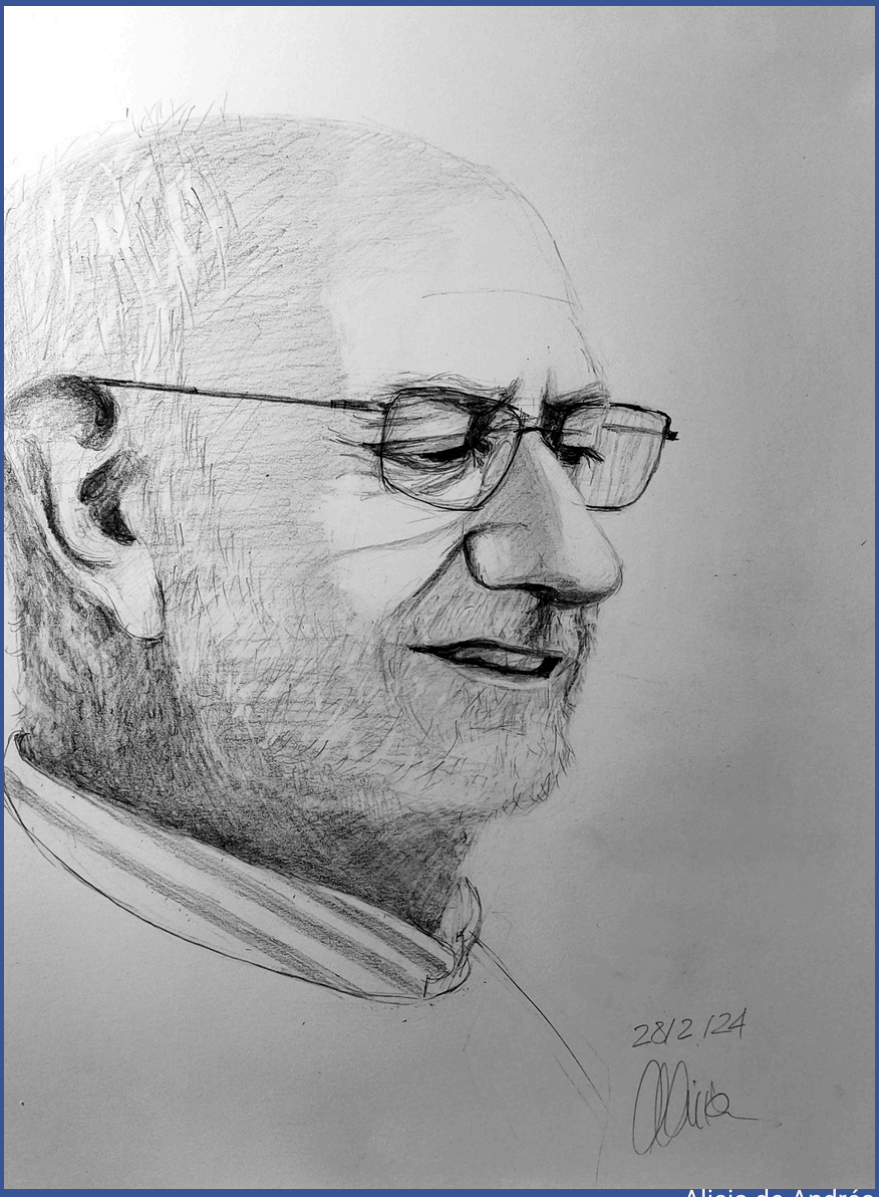
Para mis nietos

De frente
la ciudad capturada
entre los lienzos
con tejados grises
y aliento de chimenea.
Hogares de paredes altas
donde la madera es un murmullo
con una lengua de agua
que humedece las esquinas.
A la espalda, otra ciudad
de tejados rojos y azoteas
ardientes por un sol febril,
sin lengua,
la garganta seca de nostalgia
y geranios que asombran en los balcones.
Vosotros, mis pájaros de alas azules
voláis empujados por el viento,
de una ciudad a otra
para traer la risa a mi ventana.

Verso a ciegas 2024

gota de lluvia, refugio y fuente de vida
al fin y al cabo, estaba enganchado a tu sonrisa
soñé que todos podíamos soñar
morir con sentimiento de culpa
los ruidos decoran mi camino

Margarita Nieto, Ramón Alcarria, Luis Aranda,
Carmen G. Blázquez, Ana Velarde



Alicia de Andrés

Pintura a carboncillo, realizada en el Taller de Dibujo de la Universidad para Mayores.

Relatos

La tarde

Begoña Ansa Garmendia

La tarde alargaba sus sombras y yo me la pasaba, apoyado en un árbol del parque esperando de los dioses que el milagro surgiera; que empujada por alguna ráfaga de viento llegaras desde la Plazuela de la Cruz Verde, apenas sostenida tu delgadez por el aire, con el rubor sonrosado del frío pintando tus mofletes y la bufanda al cuello como un flotador que desafiara la ventolera.

Yo enderezaría la espalda; caminaría hasta ti; me haría el encontradizo y propondría ir hasta la Librería del Pato para después continuar la infinitud de ese instante frente a tus ojos con un chocolate bien caliente que tiñera de dulzor tus labios.

En el café, intentaría atar con las manecillas el transcurrir del tiempo, darle cuerda a la medida exacta de su inexactitud y estirarlo como si fuera de chicle.

Entre el humo y las copas, dejaría que las yemas de mis dedos escalaran tus hombros y pintaran sobre tu jersey, la caricia de un abrazo. No sabría ponerle nombre a esta experiencia extranjera que me invade; no sabría por lo novedosa y desconocida hasta entonces.

La tarde de antes huiría, dejaría de existir, se convertiría en noche y entre la negrura de sus tintas, algo innombrable parecido al amor crecería entre nosotros como la madreselva.

Entonces la vida era de otra manera y nosotros andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos.

Entonces, mientras la esperábamos, la vida ya era vida, solo que en aquel tiempo no llegamos a darnos cuenta.

Por las plazas y por las calles del barrio, insisto en buscarte como un penitente que llevara su calvario a cuestas; aún hoy que las horas se precipitan por el desfiladero del tiempo y las promesas faltan a la palabra, en el cumplimiento de los sueños continúo en la brecha. Aún hoy sin perder la esperanza salgo cada tarde a buscarte.

Antonio García Garnateo

Pintura a carboncillo, realizada en el Taller de Dibujo de la Universidad para Mayores.

Likes

Águeda Rubio Muñoz

Se habían enamorado por mensajes de voz y videocámaras. Se daban muchos *likes* en sus redes sociales. El sexo virtual les horrorizaba a ambos. Debía haber una intimidad presencial y no virtual (eso les sonaba a cursos vía zoom y líbido les bajaba al subsuelo).

Era guapo, muy alto y de origen polaco. Era rubio con la nariz grande y tal vez unas orejas algo desproporcionadas (qué palabra tan larga) no era gordo, se machacaba en el gimnasio. Muy musculado. Leía. Corría, hacia senderismo y tenía fotos mirando al horizonte. Todo eso la fascinó. Su mente proyectó en él un deseo de amor tierno y pasional.

A él, le ocurrió lo mismo con ella. Su voz en los mensajes era seductora y dulce. Era alta, espigada de risa fácil y sabía escuchar.

Estaban preparados para su gran día.

Sus respectivos trenes les llevaron a un sitio intermedio. Bajaron del tren con el corazón a cien.

En ese lugar un hombre y una mujer estabas solos en la estación. Ella era alta y desgarbada. Él mucho más joven que ella, era mucho más bajo y con bigote y patillas.

Se acercaron y se dijeron hola. Ella le dijo que le parecía más alto en la fotos, pero que le daba lo mismo, que no se iba a volver por unas fotos mal hechas.

Él la miró y la encontró algo sosa. La edad no le importaba. Le daba morbo. En realidad no se gustaron como en lo virtual. Pero oía sus respiraciones y veían el brillo de sus ojos.

Él le contó que era sonámbulo y ella le dijo que no le importaba porque tomaba pastillas para dormir.

Se fueron juntos al hotel del pueblo, se quisieron y se quedaron dormidos.

Él se levantó sonámbulo y salió al aire libre y cogió unas flores del campo. Las dejó en la cama al lado de ella. Ella no se esteró porque dormía a pierna suelta.

Al otro día comentaron lo de las flores en la cama. Les gustó no saber lo que había sucedido y se volvieron a querer.

Pilar Gálvez García

Pintura a carboncillo, realizada en el Taller de Dibujo de la Universidad para Mayores.

Ignis

Roberto Ateca

El humo, denso, negruzco, tiene una textura que parece sólida y amenaza con penetrar la máscara que protege la cara y la respiración del brigadista. La temperatura a su alrededor comienza a superar la protección del pesado traje ignífugo bajo el que combate sin descanso contra las llamas que, desde hace tres días, devoran los pinares que cubren -que cubrían- de sombra los montes que rodean al pueblo. Marcos sabe que toca retroceder; en ese sector nada puede hacerse contra el poder de un fuego que se intensifica por momentos avivado por el viento que hace unos minutos ha comenzado a barrer las laderas del monte.

Marcos hace una señal a los hombres que luchan a uno y otro lado de su posición; estos comprenden rápidamente la señal –la esperan desde hace un rato- y la transmiten a su vez a los hombres que cada uno tiene al lado. Con rapidez y en orden, la brigada que dirige Marcos se repliega hasta una zona de seguridad previamente acordada, en la que una brigada de relevo se prepara para seguir los trabajos. Van a preparar un contra-incendio, a quemar una zona de terreno cubierta de matorral bajo para dejar sin combustible a las llamas que se acercan del pinar y podrían amenazar directamente a las primeras casas del pueblo.

La exhausta brigada -ocho hombres cansados, ennegrecidos y deshidratados- baja hasta el puesto de mando avanzado instalado en la plaza mayor del pueblo. Los hombres se despojan del casco, de la máscara y de la chaqueta ignífuga y vacían con rapidez las botellas de agua que les facilitan –la mitad la beben ansiosos, el resto se lo echan por encima de la cara y el cuello- y se sientan o se tumban sobre el suelo a la sombra de los soportales que circundan la plaza, a descansar hasta su próximo turno.

– ¿Cómo se ven las cosas ahí arriba Marcos? –le interpela el jefe de la unidad llegando desde su todoterreno–.

– No pinta nada bien, he tenido que retirar a la brigada. Ahora arde un soto de pinos resineros y la temperatura es muy alta; se generan corrientes ascendentes que están provocando un flujo de viento en superficie. –Marcos habla despacio, siente la boca pastosa, como llena de ceniza y le cuesta emitir cada palabra–.

–Bien –resume el jefe. –Descansad un rato; dejaremos el frente del fuego a los medios aéreos y concentraremos todos nuestros esfuerzos en defender el pueblo–.

Marcos cierra los ojos y piensa en que este verano plagado de incendios va a ser muy productivo. No tendrá problema, como le ha ocurrido algunas ocasiones, para atender los gastos extraordinarios que la enfermedad de su hija requiere. Desde

que su mujer se separó de él para emprender una exitosa carrera profesional en Madrid obteniendo la custodia completa de su hija, la relación familiar de Marcos se limita a una visita quincenal. Pero también al pago de una moderada pensión alimenticia que, afortunadamente, el juez moduló teniendo en cuenta la precariedad laboral de Marcos frente al éxito profesional de su ex mujer. El problema es que su hija Afra, doce años, rubia como su madre, esbelta como su madre, guapa como su madre, padece de insuficiencia renal como su abuela paterna. Necesita por tanto de diálisis periódica que, entre medicación, taxis y otras gabelas, genera unos gastos que se definen como extraordinarios por exceder de la pensión alimenticia acordada, pero que han devenido en ordinarios por su frecuencia y periodicidad; gastos que Marcos está obligado judicialmente a suplir en parte.

Hasta ahora, Marcos había solventado relativamente bien –siempre un poco apurado- sus necesidades económicas. Lleva diez años trabajando durante la temporada estival en las brigadas de extinción de incendios forestales de su Comunidad Autónoma, los últimos cuatro años como jefe de brigada. Gracias a su ascenso, a los cuatro meses por los que la Junta de la Comunidad contrataba a las brigadas de extinción, Marco podía añadir dos meses más en los que se dedicaba a la formación de los nuevos brigadistas. También integraba parte de un mínimo retén establecido por si se declara algún incendio fuera de temporada. El resto del año lo completaba con trabajos de fortuna en la capital de la provincia donde reside.

Es diciembre y hace frio. En un salón del palacete en el que tiene su sede la Junta de Gobierno de la Comunidad Autónoma un grupo de hombres espera en un tenso silencio. Afuera arrecia la lluvia y la escasa luz de una mañana gris y oscura ha hecho necesario encender las lujosas lámparas del salón. Los hombres que han ido llegando, solos o en pequeños grupos, saludan al llegar a los que ya están presentes. Se conocen todos: son los jefes de unidad y los capataces de las brigadas de extinción de incendios forestales; han sido citados por el Vice consejero de Medio Ambiente del que depende orgánicamente el servicio.

–Buenos días caballeros. –El Vice consejero entra por una puerta lateral. Es un hombre grueso, de pelo escaso y barba entrecana que viste un caro traje gris rematado por una corbata de seda que cuesta el sueldo semanal de un brigadista. Lleva en el cargo unos pocos meses, desde las últimas elecciones en las que su partido ha logrado la mayoría absoluta.

–Tengo que comunicarles algunas noticias poco agradables– se dirige a los hombres con una voz un tanto aflautada, quizás un poco insegura.

–Todos ustedes conocen la situación de crisis económica que atraviesa nuestra Comunidad –prosigue elevando el tono.

–La precaria situación de las cuentas que nos ha legado la anterior administración ha obligado al Consejo de Gobierno a adoptar medidas de estabilización que alcanzan a todos los capítulos del presupuesto–.

–La Consejería de Medio Ambiente no podía ser una excepción –dice tratando sin éxito de sostener las miradas inquietas de su auditorio. –Por ello, el Consejo de Gobierno ha aprobado las siguientes medidas:

–A partir del uno de enero quedan rescindidos los contratos de retén permanente.

–Los cursos de formación serán impartidos “on line” por una empresa externa.

–La campaña de prevención se reduce en un mes: será de julio a septiembre.

Una oleada de protestas recorre la estancia manifestando la disconformidad de los presentes. Algunas palabras peor sonantes sobresalen sobre el rumor general que acalla el discurso del Vice consejero.

–Señores, señores por favor–. La voz del Vice consejero se eleva y se convierte casi en un desagradable chillido. Poco a poco los rumores se acallan.

–No obstante –prosigue– todos ustedes podrán mantenerse de forma voluntaria en una lista para ser llamados si se produce una contingencia; pero para ello será necesario que firmen un compromiso de disponibilidad–. El abucheo ahora es general. Marcos calla, se siente como ausente, piensa en Afra y en cómo va a ser capaz de atender los pagos de la pensión alimenticia y los gastos extraordinarios que conlleva su enfermedad.

El Vice consejero termina extrayendo del bolsillo del pantalón un fino pañuelo de hilo egipcio con el que se seca el incipiente sudor que empieza a perlar sus sienes a pesar de la frialdad de la sala en la que han comenzado las restricciones de calefacción.

Es junio y hace un calor excepcional. El tren que circula hacia la capital recorre un corto tramo de bosque entre los dos últimos túneles que atraviesa antes de dirigirse al apeadero del llano. Los conductores del tren no pueden advertir la figura humana que se agazapa junto a la vía, donde las jaras secas son más espesas. Cuando el tren entra en el túnel, la figura se yergue y descarga una pequeña mochila y saca de ella una batería conectada a unos electrodos. Sin pérdida de tiempo, mientras el tren se pierde en el interior del túnel, frota entre sí los electrodos provocando una lluvia de chispas bajo las jaras más cercanas a las vías. Sabe que son pericialmente indistinguibles de las que accidentalmente podría provocar la fricción de las ruedas del tren. Cuando una pequeña llama surge aún tímida de las jaras, guarda su artefacto en la mochila, se la echa a la espalda y se dirige corriendo por la vía tras el fragor –que aún se percibe- del convoy. Decididamente, se mete en el túnel que, en apenas ochocientos metros, le dejará cerca del apeadero en el que ha dejado aparcado el coche. Cuando lleva recorridos algunos kilómetros, ya a la entrada del pueblo, enciende el móvil y revisa si hay algún mensaje de su hija. Espera también una próxima llamada urgente.

José Luis Cruz Romero

Pintura a Bolígrafo Bic sobre papel, realizada en el Taller de Dibujo de la Universidad para Mayores.

Coches (y algunas motos) en mi vida

Manuel Megía

Por aquellos años había en nuestra calle un par de vecinos que tenían allí sus segundas residencias y que disponían de coche: uno de ellos, un Seat 1.400 B bicolor, me parece, que nos parecía el top del lujo y el otro un Renault 4.4, de un color característico, entre verde y gris, y creo que prácticamente único en aquella época para ese modelo, al que llamábamos “renolito”.

Este mismo modelo de coche, el Renault 4.4, del mismo color verde grisáceo, naturalmente, era el que tenía el médico de familia, que entonces se llamaba de cabecera, y hoy de atención primaria, creo, y que entonces ofrecía sus servicios mediante un contrato con las familias, que se pagaba mensualmente, llamado iguala. Según el estado del paciente el médico se desplazaba a su casa o le recibía en su consultorio.

Aunque no se trata de un coche, recuerdo también una moto con sidecar que pertenecía o, al menos era conducida, por un amigo de los padres de mi amigo el del Hanomag y que llamaban “La Guillerma”.

No podría precisar la marca de la moto, lo que si recuerdo es que el sidecar era de madera barnizada, con una apariencia

similar a la de las conocidas “rubias” que eran las rancheras de la época. Una vez ,por lo menos, mi amigo y yo fuimos invitados a pasear en el sidecar que era lo suficientemente amplio para alojarnos a los dos, al menos para un corto paseo, como fue recorrer de arriba a abajo la calle en la que se encontraban nuestras viviendas, que era completamente recta y tendría un kilómetro de largo, aproximadamente.

Otra moto emblemática en nuestras vidas en esos años era la Guzzi granate de la que disponía el “practicante”, que se encargaba, también a través de la figura de la iguala, de ponernos inyecciones, a domicilio o en casa, si el estado del paciente así lo exigía, y también de vacunarnos, esto último, como es natural, siempre en su consultorio.

Respecto a las vacunas recuerdo sobre todo la de la viruela, que se inoculaba mediante un utensilio que a mí me parecía una plumilla de escribir. El soporte de la vacuna, para reforzar la imagen, era azul verdoso oscuro, lo que recordaba claramente la tinta de escribir.

En relación con los representantes sanitarios es curioso cómo al médico se le conocía por Don y su nombre de pila, y al practicante simplemente por el apellido, sin estar precedido por ningún tratamiento. También es curiosa la mutación del término “practicante” a lo largo del tiempo desde aquellos años, pasando por las denominaciones ATS (Ayudante Técnico Sanitario) y DUE (Diplomado Universitario en Enfermería) hasta la actual de enfermero o enfermera.

LA ABUELA ZAMPONA DE CAQUIS

Isabel García Díaz

Hubo un tiempo, allá por los años setenta en el que en nuestra ciudad no era habitual consumir ciertas frutas, por ejemplo, el kiwi aún ni lo conocíamos y el caqui era raro encontrarlo en los mercados. Casi nadie los conocía, pero mi abuela, siempre que era la temporada tenía caquis en su casa. En aquellos años, siendo niños todavía, solíamos ir a visitarla. La frecuencia era variable, pero en todas nuestras visitas la abuela siempre hacía las mismas cosas que nosotros ya esperábamos.

La primera era verla como ponía a hervir, patatas, acelgas, nabos, puerros y zanahorias. Lo juntaba todo en una cacerola que ponía al fuego y cuando ya estaba cocido lo echaba en un recipiente metálico. El recipiente, tenía acoplado en el fondo un circulo lleno de orificios, siendo el del centro de mayor tamaño que los demás y en el que introducía un artilugio con dos brazos en cruz que se fijaban a sus paredes mediante unas muescas dispuestas para ello. Hasta ahí, todo parecía indicar que nos encontrábamos ante un colador, pero entre los brazos y el agujero del fondo se disponía una pieza plana redondeada que se tensaba con un muelle y que hacía las veces de apisonadora. De los brazos hacía arriba una manivela era coronada por un pomo de madera que la abuela hacía girar y girar con su mano. Entonces la apisonadora, siguiendo el

compás de los movimientos de giro de la abuela, iniciaba un balanceo que recordaba al de las faldas de una bailarina dando vueltas sobre sí misma, y era como si con un continuo pase de sus tacones, de forma cruel, aplastara sin piedad las hortalizas cocidas. Entonces se producía la metamorfosis, las hortalizas perdían su forma y tomaban otra, con apariencia de gusanos gelatinosos de colores no definidos, que caían, con mucha prisa y apelotonados, dentro de un recipiente de cristal con forma de pecera, donde la abuela apoyaba el artilugio de metal que ella familiarmente llamaba pasapurés. Mi hermano y yo, que no quitábamos ojo del recipiente con forma de pecera, veíamos caer los gusanos que lo hacían retorciéndose sobre sí. ¡Ay Jesús! Decía siempre la abuela al tiempo que dejaban de caer gusanos que iniciaban otra fase de la metamorfosis para convertirse en una masa deconstruida que cubría el fondo de la pecera. No sabíamos si la exclamación se debía a que los gusanos le daban pena o por la trabajera de mover la manivela del pasapurés.

Lo otro que siempre hacía la abuela era entrar en la habitación a la que se accedía desde el comedor. Descorría con sigilo la cortinilla que hacía las veces de puerta y entraba a oscuras porque no tenía luz (al menos nunca la encendía delante de nosotros) mientras nos decía: Esperad aquí, en el comedor, que os voy a preparar unas pocas aceitunas. La abuela era de un pueblo olivarero de Jaén y se hacía traer de allí algunos kilos de

aceitunas que guardaba en esa habitación, a la que nunca entrabamos, donde se conservaban las mejores aceitunas que he probado en mi vida. Salía de allí con un frasco de cristal, lleno hasta arriba, que nos llevábamos a casa. Las había aliñado ella misma, en su cocina, donde ponía una cuerdecilla de pared a pared para colgar las cascaras de naranja que, una vez secas, utilizaría en el aliño.

La tercera cosa que hacía, era prepararnos una sencilla cena a base de huevos pasados por agua, regados con aceite de oliva virgen, por supuesto de Jaén, y trozos de tomate natural , acompañado todo ello de unas rebanadas de pan tostado (no sin antes ofrecernos un poco de papilla de gusanos de hortalizas, que siempre nos negábamos a comer). Como colofón a la cena, el postre, el dulce caqui que había conseguido madurar en la misteriosa habitación, ya que de allí también los sacaba envueltos en papel de periódico. Los comíamos en plato y con cuchara, pues de melosos y maduros no había otra forma de hacerse con ellos.

Esas tres cosas las recuerdo de siempre. Luego había una cuarta con la que solo nos sorprendía si estaba muy contenta. Del aparador del comedor, sacaba una muñequita de goma que tenía un minúsculo imán en la boca. El complemento del juguete era una pequeña botella de color ámbar que en su extremo también tenía un imán y que la abuela acercaba a la boca de la muñeca, lo que hacía que ésta se tirase a ella con verdadera ansia. Mientras la abuela

sujetaba a la muñequita y nos la mostraba se partía de risa. ¡Mirad, mirad, niños! ¡Es la borrachina! Y durante un rato no paraba de reír. Después de estar viendo a la borrachina durante más de una década, lo cierto es que ya no se nos contagiaba la risa de la abuela.

De aquellas cenas, recuerdo especialmente los caquis, quizá por ser posible hoy en día disfrutar de su sabor, aunque ya no esté la abuela. Ahora abunda en las fruterías una nueva variedad bajo el nombre de persimón y aunque son de otra clase distinta a los dulces y melosos con los que nos deleitaba la abuela, son de la misma especie y tienen casi el mismo sabor. No recuerdo especiales deseos de ir a casa de mi abuela en aquellos tiempos, sin embargo, hoy, en la madurez, bueno hace ya algunos años, añoro esos encuentros, sus sencillas cenas y sus aceitunas, cuyo sabor ni mi hermano ni yo hemos olvidado, y por supuesto sus caquis. Incluso con cierta frecuencia me acuerdo de la borrachina. A veces vivimos cosas que nos pasan desapercibidas, que no nos importan, que incluso nos molestan, detalles en apariencia insignificantes que no valoramos a su debido tiempo y que sin que nos demos cuenta, crean un vínculo. Mira la abuela, pero que pesada se pone, siempre igual, y anda qué lo de la borrachina, vaya tontería, y ya ves el misterio que se trae con la habitación (que resultó no ser otra cosa que un cuarto que le servía de despensa y al que aflojaba la bombilla) pues mira que comer siempre el puré de verduras ¡Vaya manía! Pues anda que con los besos… ¡Qué pesada! Y así con esos comenta-

rios nos despachábamos a veces después de salir de casa de la abuela. En mi interior, pero solo para mí, de una forma vaga y no definida, recuerdo volver a casa pensando en el siguiente bote de aceitunas y en verla fabricar los gusanos.

Hoy en día, que no soy abuela, aunque me acerco a la edad de serlo, compro caquis y cuando los saboreamos en casa, siempre, recordamos a la abuela y su sabor nos transporta a esos días de visitas y cenas sencillas. He descubierto que a mi sobrino le encantan los caquis y cuando viene a casa, si es la temporada, los tengo preparados para su merienda. También tengo cosas que a él le gustan y que guardo en mi despensa. Todavía no le he hecho ninguna demostración en vivo de los procesos de creación, metamorfosis y muerte de gusanos hechos con hortalizas, pero en alguna ocasión me he sorprendido enseñándole alguna reliquia de mi infancia para jugar. El otro día, mientras comía un caqui que yo le había troceado, le dije:

—A mi abuela, tú bisabuela, le encantaban los caquis. Ella siempre los comía y nos los guardaba para cuando íbamos a su casa. Antes en los mercados no se vendían como ahora.
—¿No existían los caquis cuando tú eras pequeña?
—Si existían, pero eran difíciles de conseguir.
—¿Sabes, tía? A mí también me encantan los caquis… ¿Y entonces, esa abuela comía muchos caquis? ¿Era una abuela zampona de caquis?

Sonreí encantada con la definición.

LAS AVENTURAS DE ADELINA

Texto y dibujos de Luisa Domènech

Prólogo

Esta es la historia de Adelina, una señora que vive en Madrid cerca de la Estación de Atocha, nunca se ha cambiado de barrio, conoce a los comerciantes y a los vecinos de toda la vida.

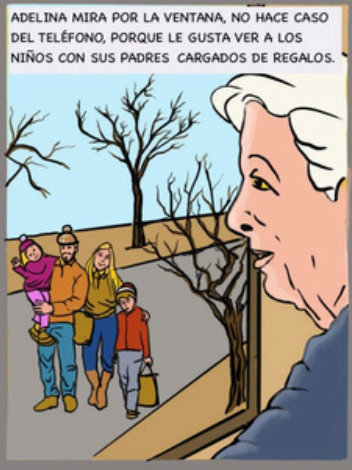
En los últimos años ha llegado mucha gente joven a la casa, ya no es como antes, los vecinos no se conocen, los niños no juegan en la calle y los mayores ya no salen en los veranos calurosos a tomar el fresco a la caída de la tarde.

Antes los vecinos sacaban sillas, unas cervezas, y un vecino tocaba la guitarra para amenizar la noche.

La televisión y las series no eran el centro del universo, las personas leían libros en papel y hablaban entre ellas, en vez de mirar pantallas para comunicarse con el de al lado.

Esta pequeña novela gráfica está dedicada a la "gente mayor" y es el ejercicio del curso de cómic de la Universidad de Mayores de la UCM.

LA NOCHEBUENA DE ADELINA



EL TREN DE EXTREMADURA TENÍA MUY MALA FAMA, SIEMPRE HABÍA ALGÚN PROBLEMA PERO CONFIÓ EN LA RENFE, POR ALGO ERA NIETA DE FERROVIARIO.

el Periódico

Nueva incidencia en el tren: dos horas de retraso en el Media Distancia Madrid-Badajoz

- Los pasajeros del trayecto Plasencia-Badajoz, que debían haber cogido el ferrocarril que lleva retraso, viajan en un tren alternativo sin demora
- Para el resto, en Mérida han hecho transbordo en autobús con destino Sevilla

Celia Gálvez Núñez

20-12-23 | 14:20 | Actualizado a las 19:42

elDiario.es

Hazte socio/a

Extremadura

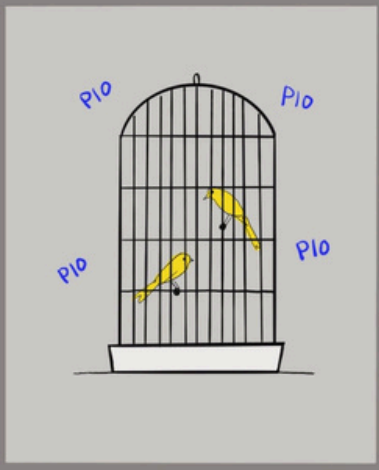
Política Sociedad Economía Educación Igualdad en derechos Cultura Turismo Energías renovables Territorios

Tres averías de trenes en Extremadura, en tres días seguidos: no arrancan y fallos de aire acondicionado

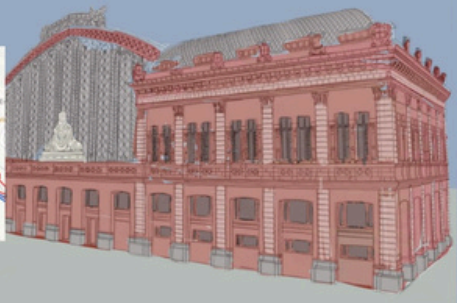
El miércoles por fallo de climatización 60 viajeros fueron en autobús, y este jueves un convoy Zafra-Mérida ni siquiera ha podido salir, por otro fallo

— El aire acondicionado de los trenes se desconecta a temperaturas superiores a 40º

HIZO LA MALETA, AVISÓ A LA VECINA PARA QUE CUIDARA LOS CANARIOS Y SE FUE A LA ESTACIÓN DE ATOCHA.



VIVÍA MUY CERCA DE LA ESTACIÓN. EL ABUELO FERROVIARIO ALQUILÓ LA CASA EN LA CALLE CANARIAS PARA ESTAR A TIRO DE PIEDRA DEL TRABAJO.



YA EN LA ESTACIÓN IMPRIMIÓ LOS BILLETES EN UNA DE LAS MÁQUINAS EXPENDEDORAS.

EN EL ANDÉN VIO LLEGAR AL TREN, ERA UN INTERCITY QUE SALÍA A LAS 8 Y LLEGABA A LAS 3 Y MEDIA.

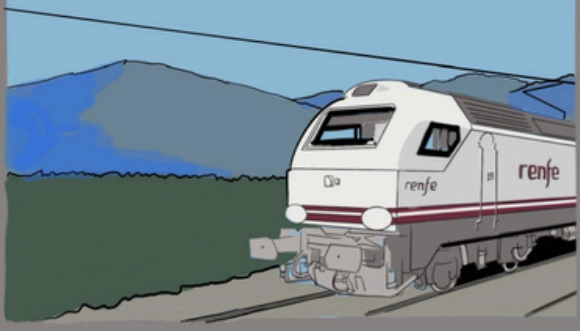
ATENCIÓN SEÑORES VIAJEROS PRÓXIMO TREN CON SALIDA DE ATOCHA CON PARADA EN LEGANÉS / TORRIJOS / TALAVERA DE LA REINA / OROPESA DE TOLEDO / NAVALMORAL DE LA MATA / MONFRAGÜE / PLASENCIA / CÁCERES Y MÉRIDA, SE ENCUENTRA ESTACIONADO EN VÍA 3

SUBIÓ A SU VAGÓN Y UN CHICO LE AYUDÓ A SUBIR LA MALETA, YA VENIA CON BASTANTES VIAJEROS PORQUE EL PRINCIPIO DEL RECORRIDO ERA CHAMARTÍN.

SE SENTÓ EN SU ASIENTO Y COMPROBÓ QUE NO ERA MUY CÓMODO, PERO TENIENDO EN CUENTA QUE EL BILLETE LE PARECÍA BASTANTE BARATO, LA RELACIÓN CALIDAD PRECIO ESTABA COMPENSADA.

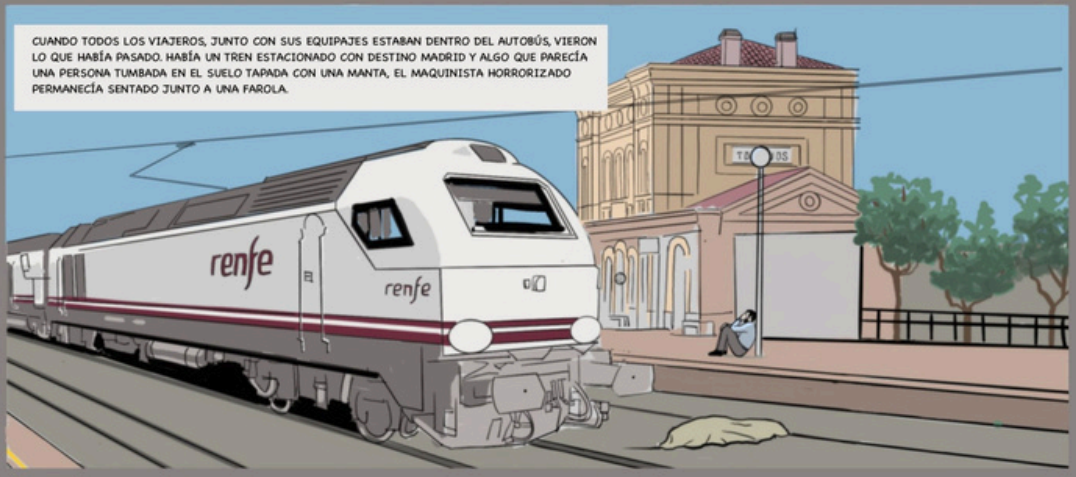
LA CARRETERA DE EXTREMADURA IBA PARALELA A LA VÍA DEL TREN Y VIO PASAR ALGUNOS VEHÍCULOS DE EMERGENCIAS, ALGO HABÍA PASADO.

DE REPENTE EL TREN SE PARÓ EN MITAD DEL CAMPO, JUSTO ANTES DE ENTRAR EN TORRIJOS Y ALLÍ ESTUVO MÁS DE MEDIA HORA SIN NINGUNA EXPLICACIÓN. EL INTERVENTOR IBA ARRIBA Y ABAJO, HASTA QUE POR LOS ALTAVOCES DIJERON QUE HABÍA QUE ABANDONAR EL TREN

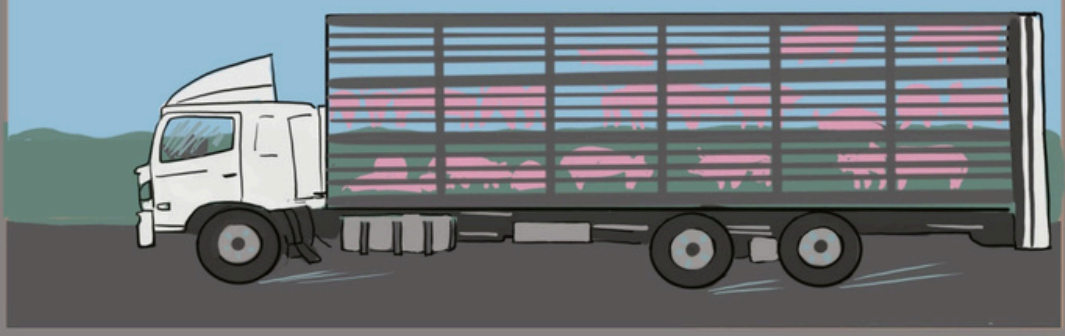


DESPUÉS DE UNA HORA APARECIÓ UN AUTOBÚS QUE SE METIÓ DE MALA MANERA EN EL ARCÉN Y TODOS LOS VIAJEROS SE ABALANZARON CAMPO A TRAVÉS A SU ENCUENTRO

CUANDO TODOS LOS VIAJEROS, JUNTO CON SUS EQUIPAJES ESTABAN DENTRO DEL AUTOBÚS, VIERON LO QUE HABÍA PASADO. HABÍA UN TREN ESTACIONADO CON DESTINO MADRID Y ALGO QUE PARECÍA UNA PERSONA TUMBADA EN EL SUELO TAPADA CON UNA MANTA, EL MAQUINISTA HORRORIZADO PERMANECÍA SENTADO JUNTO A UNA FAROLA.



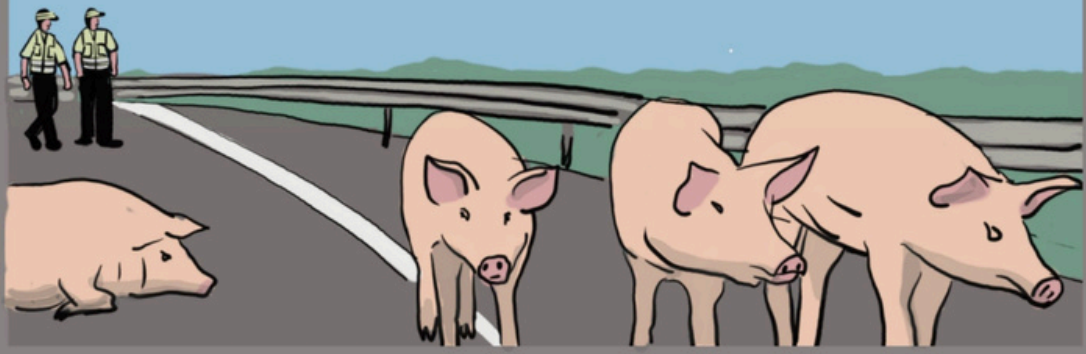
ADELINA SE HABÍA SENTADO DELANTE, CASI AL LADO DEL CONDUCTOR, SE MAREABA EN LOS AUTOBUSES. LLEVABAN DELANTE UN CAMIÓN ENORME QUE CIRCULABA MUY LENTAMENTE. CUANDO EL AUTOBÚS SE PUSO JUSTO DETRÁS COMPROBÓ QUE LA CARGA ERA UNA MULTITUD DE CERDOS. EN ESE TRAMO DE CARRETERA ADEMÁS NO SE PODÍA ADELANTAR Y LOS CARTELES AUN NO ANUNCIABAN LA CERCANÍA DE TALAVERA.



UNOS KILÓMETROS MÁS ADELANTE, COMENZÓ UNA ZONA DE CURVAS, ADELINA SE AGARRABA A LOS BRAZOS DEL ASIENTO SIN DEJAR DE MIRAR A LOS CERDOS PARA MAREARSE LO MENOS POSIBLE. EN UN MOMENTO DADO, NO SE SABE SI LOS CERDOS ERAN DEMASIADOS PARA EL CAMIÓN O EL CONDUCTOR SE DESPISTÓ, PERO EL CAMIÓN DERRAPÓ Y VOLCÓ.

EL CONDUCTOR DEL AUTOBÚS FUE MUY HÁBIL Y PUDO FRENAR A TIEMPO.

LA CARRETERA OFRECÍA UN ASPECTO DESOLADOR CON MUCHOS ANIMALES HERIDOS O MUERTOS Y OTROS CORRIENDO COMO LOCOS CAMINO DE LA LIBERTAD. EL AUTOBÚS ESTUVO PARADO HASTA QUE AQUEL PANORAMA FUE VOLVIENDO A LA NORMALIDAD.

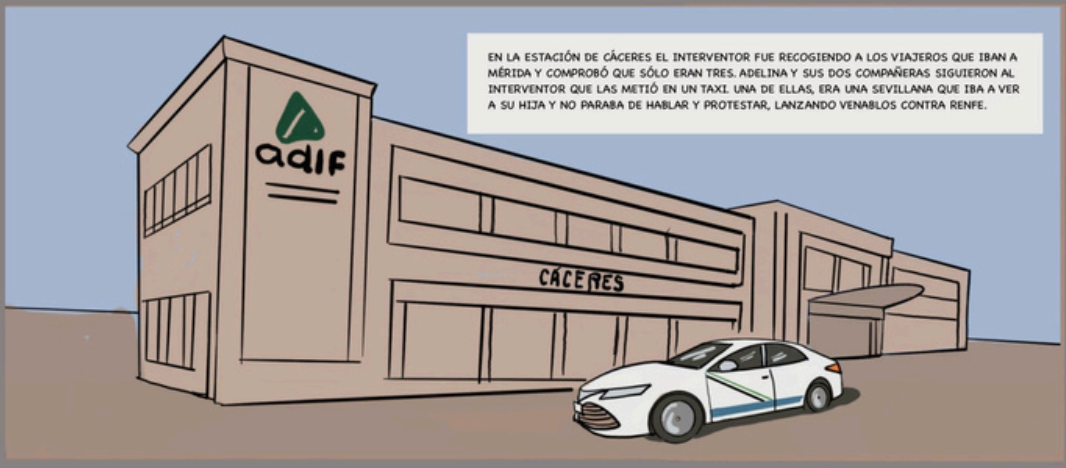


CUANDO SE ARREGLÓ EL ASUNTO DE LOS CERDOS EL AUTOCAR REANUDÓ LA MARCHA Y ADELINA Y SUS COMPAÑEROS DE VIAJE TOMARON OTRO TREN EN TALAVERA

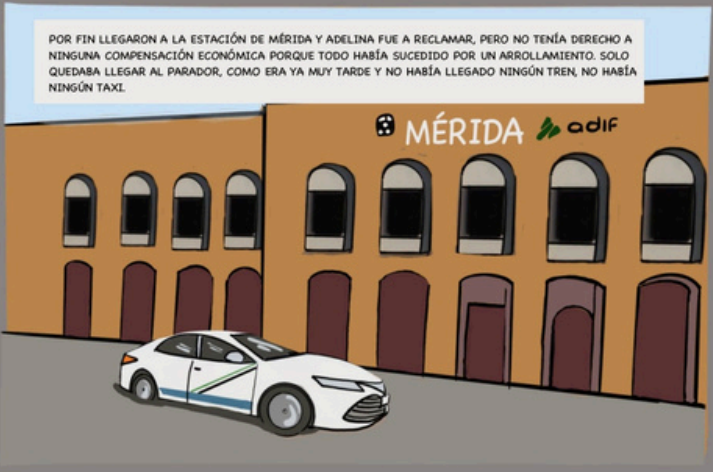
ADELINA SEGUÍA MIRANDO POR LA VENTANILLA Y VIO UN ENORME CASTILLO EN LO ALTO DE UNA LOMA, ERA EL CASTILLO DE OROPESA CONVERTIDO EN PARADOR, PODRÍA SER OBJETO DE OTRO VIAJE.

EN PLASENCIA EL TREN HACÍA UNA COSA RARA, SE METÍA POR UN RAMAL PARA ENTRAR EN LA CIUDAD Y DESPUÉS VOLVÍA A SALIR POR EL MISMO SITIO. ASOMBROSO.

YA CAMINO DE CÁCERES APARECIÓ EL INTERVENTOR PARA AVISAR QUE EL TREN TERMINABA EN CÁCERES PORQUE SE HABÍA ESTROPEADO Y HABÍA QUE BAJARSE, AUNQUE ADELINA VIAJABA A MÉRIDA SE TUVO QUE BAJAR Y ESTABA ALGO INQUIETA.

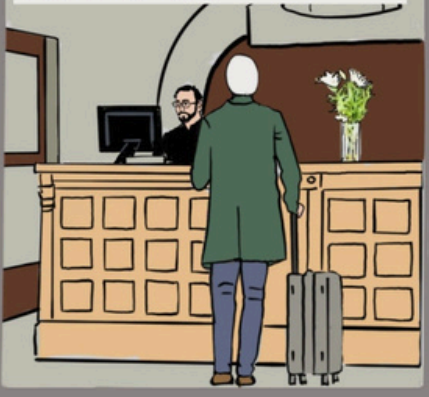


EN LA ESTACIÓN DE CÁCERES EL INTERVENTOR FUE RECOGIENDO A LOS VIAJEROS QUE IBAN A MÉRIDA Y COMPROBÓ QUE SÓLO ERAN TRES. ADELINA Y SUS DOS COMPAÑERAS SIGUIERON AL INTERVENTOR QUE LAS METIÓ EN UN TAXI. UNA DE ELLAS, ERA UNA SEVILLANA QUE IBA A VER A SU HIJA Y NO PARABA DE HABLAR Y PROTESTAR, LANZANDO VENABLOS CONTRA RENFE.



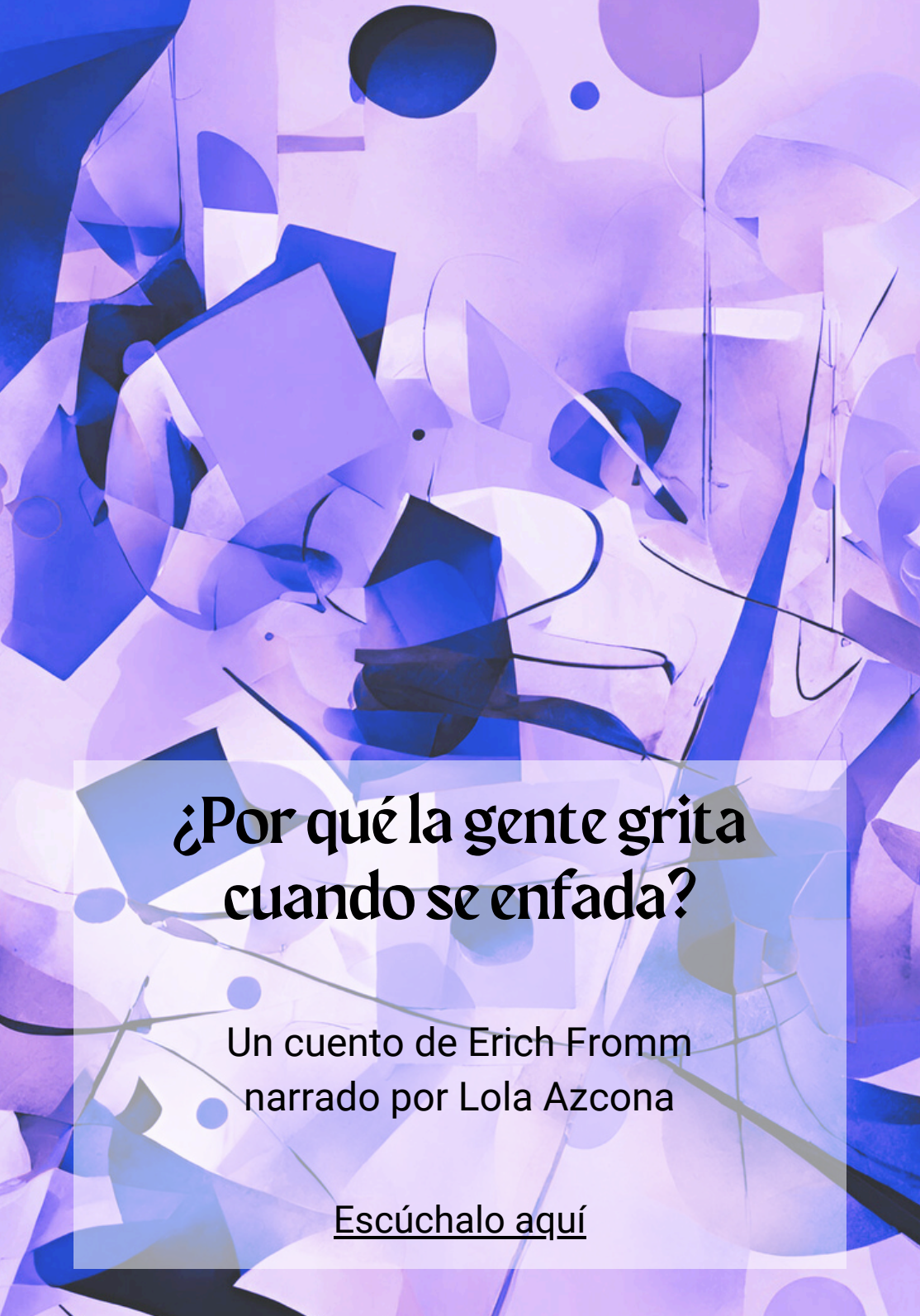
POR FIN LLEGARON A LA ESTACIÓN DE MÉRIDA Y ADELINA FUE A RECLAMAR, PERO NO TENÍA DERECHO A NINGUNA COMPENSACIÓN ECONÓMICA PORQUE TODO HABÍA SUCEDIDO POR UN ARROLLAMIENTO. SOLO QUEDABA LLEGAR AL PARADOR, COMO ERA YA MUY TARDE Y NO HABÍA LLEGADO NINGÚN TREN, NO HABÍA NINGÚN TAXI.

ADELINA TUVO QUE IR ANDANDO AL PARADOR POR UNA EMPINADA CUESTA EMPEDRADA, TIRANDO DE LA MALETA QUE HACÍA UN RUIDO ESPANTOSO.



EL RECEPCIONISTA DEL PARADOR LE DIJO A ADELINA QUE TENÍA RESERVA PARA COMER, PERO QUE SE LA CAMBIARÍAN POR LA CENA EN VISTA DE LA HORA DE LLEGADA. DEJÓ LA MALETA EN LA HABITACIÓN Y BAJÓ AL COMEDOR.

CON LA OPÍPARA CENA SE LE PASÓ EL ENFADO. ADELINA PROMETIÓ NO VOLVER JAMÁS A EXTREMADURA HASTA QUE NO CIRCULARA EL AVE.



¿Por qué la gente grita cuando se enfada?

Un cuento de Erich Fromm
narrado por Lola Azcona

Escúchalo aquí

Siempre que quiera
Mariano Dálnez

Quizá debiera pedirles ayuda para quitarme esta canción de la cabeza, pero dudo que ustedes tampoco puedan quitársela si yo les tarareo un poco del estribillo.

Es una canción que me obsesiona, que había oído en algún lugar antes, y que de repente me asaltó porque me llamó la atención el nombre del grupo que la canta: *Muchachito Bombo Infierno*.

La canción se llama Siempre que quiera.

Dicen que es una de las canciones de desamor más alegres que existen. Para mí, a mi edad, me hace pensar en muchas personas que han pasado por mi vida. Me hace preguntarme si hay alguien a quien quiero tanto o a quien odio de la misma manera, como para desear no haberla conocido.

Luisa Domenech

Dibujo titulado “El lince y la liebre”,
hecho con bolígrafo bic y rotuladores

PERSONAJES INOLVIDABLES

Mona y Dadé (y, además, Colette), en “Los ojos de Mona” de Thomas Schlesser.

Roberto Amilburu

“En este libro hay perros. A los gatos nos disputan la atención, la atracción y los cuidados de los humanos. Son nuestra competencia. Pero, al contrario de lo que se dice, nos solemos, en general, llevar bien con ellos”. Reflexiona el gran gato negro cuando me ve elegir este libro. Le gusta el tema y has disfrutado leyéndolo en mi pensamiento. Estos humanos se dedican a hacer unas cosas extrañas con las piedras, dándoles golpes y deshaciéndolas hasta que cobran formas diferentes. E impregnan superficies planas para representar ideas que se les ocurren con colores y trazos inescrutables a veces. ¡Los comportamientos de estos humanos no hay quien los entienda!

No soy dado a utilizar palabras impropias para describir cosas diferentes a sus usos comunes. Respeto el hacerlo pero no me gusta. Llamar “pata negra” a un vino, o “gran reserva” a un jamón, me parece inadecuado. Como si las botellas de vino tuvieran patas o los jamones se criaran metidos en barricas de roble. Pero voy a hacer una excepción con la descripción de este libro permitiéndome esta personal contradicción; pero, bueno, si los humanos somos “algo” es que somos contradictorios por naturaleza; vivimos de y con nuestras propias contradicciones. Es un libro exquisito ya que se paladea intelectualmente desde la primera página.

Suelo indicar en el título un solo protagonista, el que me parece más interesante, pero, en esta ocasión, he nombrado tres: la protagonista principal, su abuelo y también nombro a su abuela que, aunque no aparece físicamente en el libro, está presente permanentemente a lo largo de toda la obra en espíritu. Quizás incluso podría haber sido considerada la protagonista principal. La abuela es un personaje curioso, ya fallecida, incluso polémico pero tremendamente entrañable que influye en las vidas de su marido, su hija, su yerno y su nieta, por supuesto.

Su temática es original y es difícil de clasificar. Es una novela pero también es un libro de arte, un exquisito libro de arte. Uno de los mejores que he leído. Exento de academicismos que a veces son inescrutables y de falsas racionalizaciones que son siempre insufribles.

Y no omite temas ciertamente controvertidos como las realizaciones humorísticas y sarcásticas de Marcel Duchamp, ajedrecista y humorista a tiempo compartido. Quizás una de sus obras es simbólica respecto al único lugar en la que los humanos de género masculino nos paramos realmente a pensar, a filosofar y a mantener las únicas conversaciones intelectualmente válidas de las que somos capaces de entablar entre hombres. El urinario como símbolo del pensamiento masculino (autocrítica). La micción como instigadora de las producciones intelectuales de los hombres. Quizás el título, “la fuente” no se refiere tanto al propio urinario como al “aparatito” que

proyecta el chorrillo sobre este pasivo objeto. Los urinarios públicos como actores de las terapias individuales y de grupo de ciertos humanos. La fuente de Duchamp, un artilugio tremendamente simbólico en sentidos variopintos. Quizás no sea una obra de arte pero si que es el objeto más polémico de la historia del arte.

Es, además, la historia de una niña muy especial, como todas las niñas, que sufre unos episodios de ceguera temporal que alarma tanto a ella como a sus padres y abuelo y que ella asume con una madurez impropia. Sin saber todavía si se va a poder quedar completamente ciega, además de hacerle todas las pruebas médicas posibles para poder emitir un diagnóstico, su abuelo decide, antes de que eso pueda pasar, llevarla a analizar e interpretar, una vez a la semana, una obra de arte diferente y visitando varios museos de la ciudad de París, que es donde viven.

Quiere el abuelo que pueda la niña disfrutar de colores y formas tanto de pinturas como de esculturas y estimular sus capacidades de observación y de análisis para que, si se quedara ciega, pueda recordar en un futuro esas formas y colores. Quiere hacerle reconocer el arte y la belleza recorriendo las obras de arte desde la antigüedad hasta el presente.

Al leerlo, se nos hace evidente que el abuelo, conocido como Dadé en el lenguaje de la familia, tiene unos conocimientos de arte excepcionales. A lo largo de la obra,

en cada capítulo, se analiza una única obra de arte, escogida por el abuelo, en museos concretos. Además, se intercalan estos capítulos con la vida y las anécdotas de cómo va transcurriendo en casa y en el colegio la vida de esta niña cuya edad está en el límite entre la niñez y el comienzo de la adolescencia. Período de cambio y de crisis personal que no deja de reflejarse en estas páginas.

Los análisis de las obras de arte de este libro son para disfrutar. Cada capítulo efectúa una descripción de la obra y después, en el propio museo y delante de la obra, se narra la conversación, entre nieta y abuelo, analizándola y desgranando detalles, técnicas e incluso la vida del propio autor, por un lado con la visión de un adulto y por otro con la de un niño. El contraste y las similitudes, las observaciones y las críticas de ambos son impagables.

No omite el juicio de las obras mal llamadas clásicas y que quizás son denostadas con tono despectivo como “realismo” por ciertos sectores de las vanguardias.

En mi caso, este libro me ha servido para varias cosas. Una de ellas es, como siempre, el propio placer de una buena lectura. Otra es que me ha hecho ver ciertas obras de arte con una nueva visión que no tenía y también del propio artista. Una más, es que esta lectura te enseña a reconocer detalles que quizás se nos escapan cuando observamos. Y también significados sociales, políticos y de contexto de la época en la que se realizó. Los simbolismos también se nos revelan, unas veces nítidos y otras ocultos y no tan cla-

ros. Quizás nos ayuda también a estimular nuestras propias interpretaciones que, por supuesto, también pueden ser perfectamente válidas.

En definitiva, este libro es una obra de arte que trata sobre arte de una forma no convencional y que se sale de lo normalmente admitido en los abundantes y quizás excesivamente vulgares a veces, libros de arte al uso. Aporta frescura, en mi opinión.

Excepcional libro de arte y excepcional historia. Es muy interesante tener una cierta visión nueva de obras de arte, unas ya conocidas y otras menos dentro del vasto y denso panorama de la historia del arte.

Tampoco es necesario estar de acuerdo en todo lo que se nos plantea a lo largo del desarrollo del relato. El arte es un tema tremendamente complejo y las opiniones y juicios son variopintos. Los juicios propios y las impresiones, sentimientos y reacciones que nos provocan, y que son diferentes en cada uno de nosotros, son tan importantes como las del crítico de arte más reputado que muchas veces persigue objetivos un tanto espurios. Es mi opinión. Lo importante, además de ese despertar de sentimientos, es que reconozcamos y admiremos, nos sorprendamos, con estas impresionantes realizaciones de esos seres excepcionales, privilegiados y muchas veces también malditos, que son los artistas. Un ejemplo de ello es la interpretación que en uno de los capítulos se hace de una de las obras de Pollock. No tengo por qué estar de acuerdo

con dicha interpretación, incluso disentir diametralmente, para, a pesar de todo, disfrutar de la lectura de dicho capítulo. Está claro que Pollock no está entre mis ídolos artísticos y admito que puede ser pura ignorancia por mi parte.

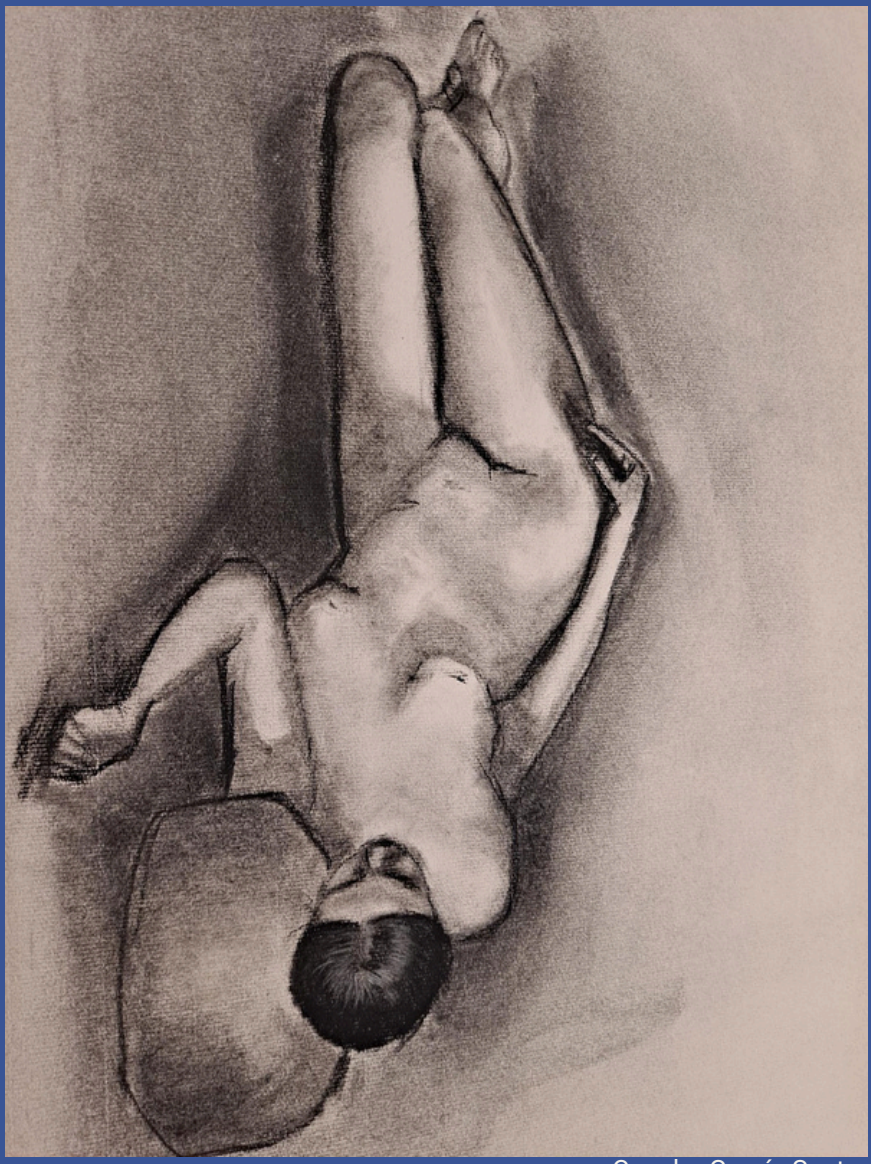
Quizás podría ser un buen ejercicio práctico con una buena dosis de polémica sana el incluir en este fanzine bimestral el análisis y las opiniones de una determinada obra expuesta en un bimestre y analizada por todo el que así lo quiera en el bimestre siguiente. Podría ser una interesante experiencia. Por mi parte, propongo para el próximo número, que se den opiniones sobre las "Señoras de Avignon" de Picasso.

Pero hay una enseñanza que este libro nos aporta y que me parece de gran importancia. El tiempo es muy importante. Nuestro pasar por esta vida es corto, es breve (leyendo este libro, observamos con qué rapidez progresa la mente infantil de Mona hasta convertirse en una adolescente y observamos cómo al abuelo se le hace terriblemente consciente el inexorable paso del tiempo) e intentamos con un absurdo afán, alargarlo imprimiendo velocidad a nuestras vidas. Obtenemos todo lo contrario. Disfrutar lentamente del paso del tiempo es, en mi opinión, alargarlo. La diferencia de esperanza de vida con los antiguos es falsa. Antes, con esas vidas más pausadas, vivían realmente más. Y no podemos pasar por las salas de un museo como el espectador que, desde la ventanilla de un vehículo, ve pasar el paisaje en movimiento. Es necesario

pararse ante una obra y regodearse en su lenta observación. Imbuirse e introyectar aquello que el artista ha querido plasmar e incluso aquello de lo que el artista no ha sido consciente en la vorágine del acto creativo. Observar. Sin tiempo. En mi opinión, es deleitarse de una forma extremadamente placentera. Y descubrir: el significado último de la obra y también a nosotros mismos en su reflejo. Pero quizás nos damos miedo a nosotros mismos y por eso no nos paramos tranquilamente analizar, a percibir lo que una obra nos transmite cuando visitamos los museos. Ver y no sólo mirar.

De primavera nada. ¡Qué desastre¡ Parece invierno. El gran gato esta hasta sus cortas narices de arrebujarse en su manta y de hacerse un ovillo contra mi cuerpo para resistir el frío. Como siempre, es de los humanos la culpa. Estos descerebrados han provocado un cambio climático del que estamos comenzando a ver sus consecuencias.

El arte, los artistas, la belleza, dejemos de relativizar todos esos conceptos, tal cual es la moda ahora y observemos con los ojos de nuestro interior, con nuestro inconsciente, con nuestro sentir más profundo, todo ese enorme bagaje artístico. Todo ello, como siempre,oculto en lo más profundo de los ojos del gran gato negro…



Concha García Sastre

Pintura a carboncillo, realizada en el Taller de Dibujo de la Universidad para Mayores.

Lo necesario

Cándido Dean

No sé si les pasará como a mí, pero siempre me ha resultado muy difícil discernir entre lo necesario y lo superfluo.

Cuando uno aterriza en la vida tiende a rodearse de posesiones y recuerdos en una carrera sin freno porque siempre haya más.

Cuando uno aterriza en la vida suele cegarse por las posesiones materiales: dinero, casa, coche. Hoy en día, el que más y el que menos envía unas fotos de sus viajes por wasap, o sube a las redes sociales sus eventos más felices. Obviamos que lo importante, lo bonito, es el recuerdo que uno posee. Que lo importante es cómo se ha vivido y en eso, las redes sociales restan.

Cuando uno aterriza en la vida espera un magnífico futuro, rodeado de objetos superfluos. La pena es que eso se sabe tarde, cuando ya nada es necesario y sólo lo necesario es importante. La pena es que a mi edad aún sigo sin saber qué es necesario y qué no lo es. Como la lluvia en verano necesaria e imprescindible, pero molesta.

Daniel García Gallego

Pintura a carboncillo, realizada en el Taller de Dibujo
de la Universidad para Mayores.